

LA HAZAÑA DEL TENIENTE RUIZ MENDOZA

por JOSE YAQUE LAUREL

Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar

Correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El nombre de Jacinto Ruiz Mendoza, defensor, con los Capitanes Daoiz y Velarde, del Parque de Monteleón, el día 2 de mayo de 1808, si no llegó a ser olvidado, fue por lo menos poco conocido de la subsiguiente generación a la memorable gesta madrileña, en la que el joven Oficial de nuestra Infantería dio señaladas pruebas de su temple y bravura. Pasaron los años y la simpática personalidad del héroe permaneció en la penumbra, sin apenas destacarse de los anónimos defensores del Parque, cuando su intervención en aquel hecho había sido del mayor realce. En las postrimerías de la pasada centuria se reparó este olvido, y lo mismo en la prensa que en la tribuna pública el nombre del Teniente Ruiz logró entonces ser objeto de elogios, siéndole tributados diversos homenajes a su memoria, y entre ellos la creación de una estatua que hoy luce su broncea efigie en la Plaza del Rey de la Villa madrileña.

Nuestro héroe era ceuti de nacimiento, y pertenecía a una noble familia de la ciudad en que viera la luz el año 1779; y cuando apenas contaba dieciocho de edad, lucía los cordones de Cadete en uno de los Cuerpos de mayor solera de la hispana Infantería: el «Fijo» de Ceuta. Allí adquiere Jacinto Ruiz la práctica del oficio, siendo después destinado a un Regimiento de la Corte, «Voluntarios del Estado», que manda un veterano Jefe curtido en las Campañas del Rossellón, Portugal e Inglaterra: el Marqués del Palacio, rígido, pero comprensivo cuando el caso llega. «Sirve bien su empleo», reza la nota de concepto estampada en la hoja de servicios de Ruiz Mendoza. El público testimonio de sus compañeros llega más allá: «Jacinto Ruiz es un joven de talento, valor y firmeza». «Se le pueden encomendar difíciles misiones». Sabemos además por un autor anónimo, que nuestro héroe era alto de cuerpo, de delgada pero de gallarda

da estatura, aspecto notable y majestuoso, faz morena y ojos expresivos y centelleantes.

Por lo expuesto se colige que su mente era exaltada y soñadora, y que sobre ella ejercía un total dominio el imperio de la imaginación. En temperamento tan nervioso e impresionable no pueden menos de hacer mella las frases que un papel volandero esparce sobre un cambio de dinastía en España, papel que profusamente se reparte por las calles madrileñas en la mañana del 1 de mayo de 1808.

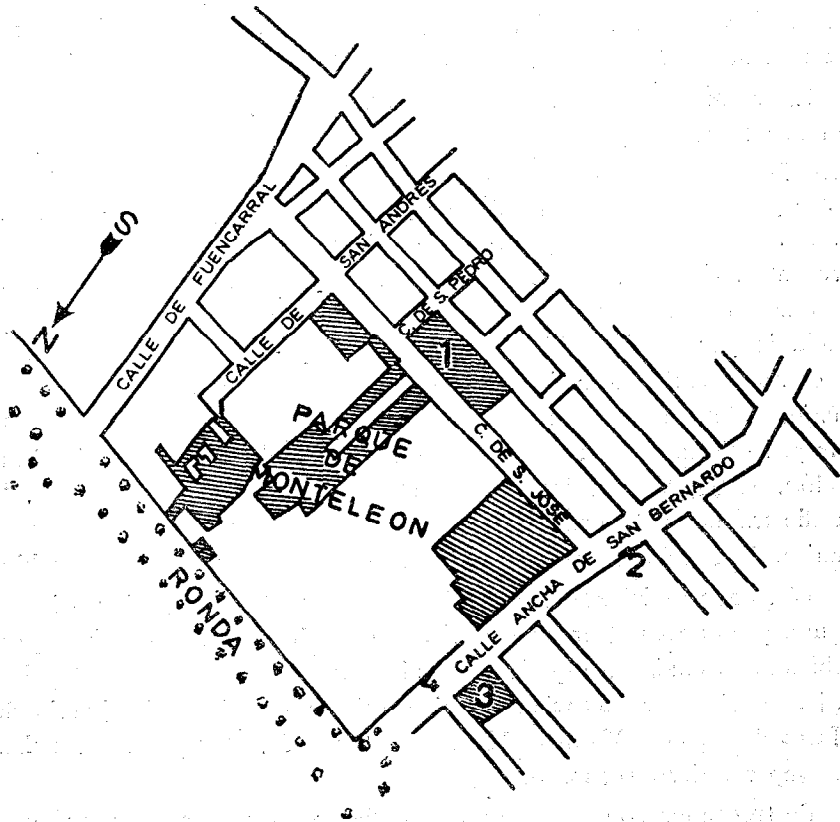
La opinión apercebida ya, y con claro instinto de las cosas, y lo vidrioso de las circunstancias, promueve en aquella ocasión repetidas y ruidosas manifestaciones contra la actitud provocadora de los invasores, que capitaneados por el Gran Duque de Berg quieren adueñarse de la capital y de sus cantones.

La irrupción alevosa del extranjero, la orfandad del trono, el aturdimiento de los Ministros y la claudicación del Poder, despiertan en el espíritu popular la tentación de un general levantamiento. Cuando da comienzo la sangrienta jornada del día 2, el vecindario no ceja en su propósito, ya decidido, y se lanza a la calle blandiendo toscas armas, mientras los Ministros disponen en silencio las medidas más convenientes con el fin de privar a la explosión popular de los elementos para su defensa. De nada valen tales medidas. Los ecos de una multitud vibrante que solicita armas llegan al lecho del dolor donde yace el joven africano, atacado por unas pertinaces calenturas. Al oír Ruiz Mendoza el clamor de los patriotas se levanta diligente y se viste nervioso, ciñe su espada y encamínase al cuartel donde se alojan los Voluntarios del Estado, un viejo caserón situado en la calle de San Hermenegildo, cercano a la de San Bernardo. Casi al mismo tiempo que Ruiz, llega al edificio el Capitán Velarde, que ha abandonado presuroso su oficina de la Junta Superior, donde prestaba sus servicios, situada en la misma calle de San Bernardo, frente al Noviciado. Algunos paisanos y soldados quieren participar en la exaltación patriótica común, solicitando de estos militares tomar parte en la contienda.

En el patio del cuartel está formado el Regimiento de Voluntarios con su Coronel al frente. Desea este Jefe cumplir fielmente la Orden General de la Plaza, «que se reducía a hacer retirar las tropas a sus cuarteles, y no permitirles juntarse con el paisanaje». Y aunque el veterano Coronel se niega enteramente a prestar fuerza ninguna para reforzar el Parque, son tan poderosas las razones que

le exponen, que inclinan su ánimo, y ordena que la 3.ª Compañía del 2.º Batallón, con 40 plazas de fusil y al mando del Capitán Goicochea, acuda al mismo con la orden terminante de no cometer sin nuevo aviso acto alguno de hostilidad contra la fuerza francesa que lo ocupa. En la Compañía de apoyo figuran los Tenientes Hontoria y Ruiz Mendoza, el Sub-teniente Burguera y los Cadetes Pacheco y Rojo.

El Parque de Artillería en aquel tiempo se reducía a un vasto edificio, antiguo palacio de los Marqueses de Monteleón, que abarcaba un extenso perímetro limitado al Norte por la llamada Ronda — hoy



El Parque de Monteleón y sus alrededores el Dos de Mayo de 1808.

- 1.—Convento e iglesia de las Maravillas.
- 2.—Fuente de Matalobos.
- 3.—Cuartel del Regimiento de Voluntarios del Estado.
- 4.—Puerta de Fuencarral.

calle de Carranza—; al Este por la calle de San Andrés, sin salida entonces a aquella; al Oeste por la calle Ancha de San Bernardo, que llegaban hasta la Puerta de Fuencarral; y al Sur por una calle recta y dilatada, la de San José, hoy llamada del Dos de Mayo, en cuya esquina se levanta la antigua Iglesia de las Maravillas. Rodeaba el Parque un jardín y un gran patio de entrada, al que tenía acceso una puerta de arco que todavía se conserva en nuestros días como reliquia histórica de aquella fecha gloriosa, en el centro de la Plaza del Dos de Mayo. No existía en el dilatado perímetro del edificio más defensa exterior que una cerca de tapial, y en el interior había algunas habitaciones donde se almacenaban armas y municiones, no en crecido número. El material de Artillería allí depositado se reducía a seis cañones de a 8 y dos de a 4.

La compañía de Infantería enviada como protección encuentra cerrada la puerta principal del edificio, y sólo es practicable un postigo por el que resueltamente penetra Goicoechea, seguido por Velarde y Ruiz. Dentro del patio se pasea nervioso y ensimismado un militar joven: es el Capitán Daoiz, el más caracterizado de los allí presentes. Contesta con monosílabos a las preguntas que se le hacen, ya que debían sostener en él terrible lucha el deber y el patriotismo excitado por las fogosidades de Velarde, que trata de convencerle. Y como su compañero de armas poseía audacia de carácter y de lenguaje, hubo entre los dos algunas réplicas momentáneas, desafinadas y de cierta viveza, aunque inspiradas por el celo y la noble emulación. El Capitán Daoiz, mientras oía a su compañero, estrujaba con la diestra mano la orden que poco antes le fuera entregada, en la cual se le mandaba abstenerse de hacer causa común con el pueblo.

El rumor de la calle llegaba hasta el Parque, provocador e imponente, y entonces el bravo Capitán rompiendo en mil pedazos la prohibición, desnuda su espada y manda franquear las puertas al paisaje, en el que se mezclan también animosas mujeres del barrio de Maravillas, como Manuela Malasaña, Clara del Rey y otras muchas de impercedero recuerdo.

Pertrechados con las armas que pudieron encontrar salen los hombres a buscar en las encrucijadas el combate solitario, logrando Velarde, y no sin dificultad, retener a unos cuantos patriotas, cerrando las puertas y desarmando antes al destacamento francés que custodiaba el edificio.

El Teniente Ruiz acoge con entusiasmo la decisión adoptada, y

ante el anuncio del ataque enemigo coopera a la organización de la defensa. Para ello divide en dos secciones la fuerza de Infantería, una para la observación y defensa del sector que daba a la Ronda, y la otra en las ventanas correspondientes a la calle de San José; Daoiz ordena sacar, limpiar, cargar y disponer en el patio los cañones; cuatro para las tres bocacalles y dos de reserva, en la entrada principal del edificio. Los centinelas anuncian que por la calle de Fuencarral y a paso acelerado avanzan tropas enemigas: es el Batallón de Wesfalia, de brillante historial en las contiendas napoleónicas. Forma un grupo la oficialidad española, y entonces el Teniente Ruiz tiende su brazo y la espada desnuda, que cruza con la de los otros militares, y jura con ellos morir en aras de la libertad de la Patria.

La compañía atacante es recibida a tiros, cuando los apuestos y barbudos borgoñones caen sobre las puertas, con el decidido propósito de derribarlas con sus hachas de zapador. Tres disparos de cañón y un nutrido fuego de los fusileros hacen desaparecer casi instantáneamente a los wesfalianos, que emprenden desordenada fuga por las calles adyacentes. Acertó entonces a desembocar bullicioso por la calle de San Pedro Nueva el grupo que desde Palacio acaudillaba Molina Soriano, y que en largo trayecto que había lentamente recorrido cogió armas y gran número de prosélitos. Con este refuerzo se ayudó a sacar las piezas de Artillería y emplazarlas enfilando cada una de las calles del desemboque, con lo que simultáneamente quedaron vigiladas y amenazadas las de Fuencarral y Ancha de San Bernardo.

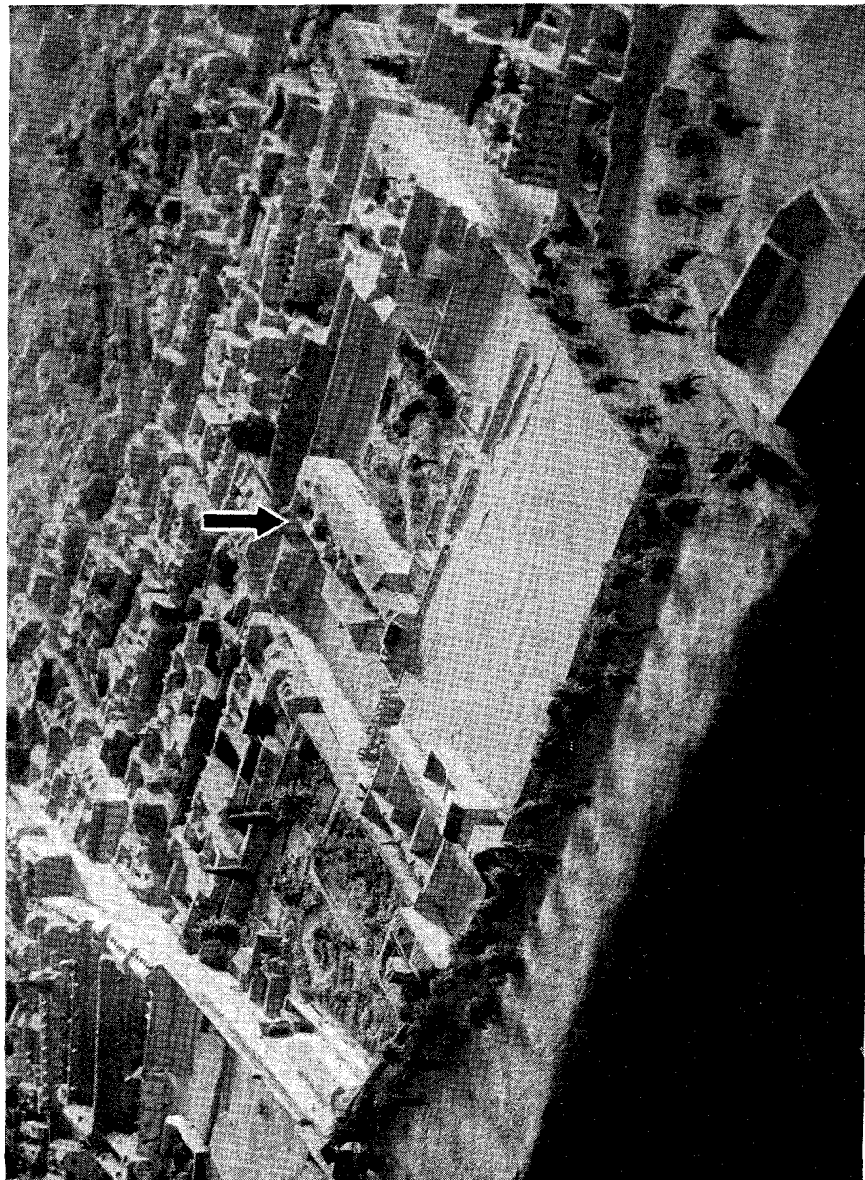
Se entabló luego una porfiada lucha, cuyo único objeto era cansar las fuerzas españolas, mientras que el adversario en las plazuelas y puntos dominantes contiguos concertaba un ataque simultáneo por distintos frentes. La compañía de Infantería, con el nutrido fuego de su fusilería, esparcía la muerte e impedía los esfuerzos de los sitiadores para asaltar el edificio por la espalda. En esta escaramuza, que duró más de una hora, sufrieron los defensores una de las pérdidas más dolorosas en aquella ocasión tan apurada: la del Teniente Ruiz Mendoza.

Había recibido este bravo Oficial una herida de consideración en el brazo izquierdo, en el cual el exento de Guardias de Corps, don José Pacheco, que se hallaba presente a la sazón, le ató un pañuelo para restañar la sangre que brotaba abundante. Con este improvisado

apósito volvió aquél inmediatamente a la lucha, más enardecido por el furor que le exaltaba, para contestar al cañoneo iniciado por el enemigo desde el asentamiento de la batería de la calle de San Bernardo y de la fuente de Matalobos, inmediata a la hoy calle de Daoiz. Una de las piezas españolas del Parque le había sido designada a Ruiz Mendoza, en consideración a haber estado agregado algún tiempo al Cuerpo de Artillería del Campo de Gibraltar.

Al parecer iba languideciendo el combate, cuando de súbito volvió a empeñarse en proporciones de mayor intensidad: el castigado Regimiento wesfaliano había sido reforzado poderosamente con el 4.º Regimiento Provincial, que entró a la carga, no por un solo punto, sino por tres a la vez. A la cabeza de la nueva columna venía sudoroso y jadeante, enarbolando en la punta de la espada un pañuelo blanco en señal de armisticio, el Capitán de Voluntarios don Melchor Alvarez. El General Conde de Montholon, jefe de las fuerzas, se adelantó con tres oficiales, como para entrar en explicaciones con los defensores. El parlamentario dijo a Daoiz «que era el encargado enviado por nuestro Gobierno para hacerle sentir la indignación con que habían sabido la locura con que estaban precipitando al pueblo, y exponiéndole a las consecuencias desastrosas...». Entonces Ruiz Mendoza advirtió que el Comandante que había quedado al frente de la fuerza francesa, la hacía avanzar disimuladamente a paso lento. Pero cuando ya casi tocaba la boca de los cañones, al pretender adueñarse de ellos, el disparo seco de una de las piezas, cargada con bala rasa, abrió ancho boquete en la masa enemiga, que, sobrecogida de espanto, se desordenó. Un segundo disparo hecho a quemarropa la barrió como el huracán a las arenas hacia la calle de San Bernardo, dejando en el camino muertos, heridos y prisioneros, entre ellos un Coronel francés y varios oficiales.

La noticia de la porfiada defensa enciende en ira al Gran Duque de Berg. Le explican la derrota sufrida por la columna de Montholon, y sin pérdida de tiempo dispone que su Ayudante, el General Lagrange, se ponga a la cabeza de la brigada Lefranc, perteneciente a la División Goblet, y con estas fuerzas dé un decisivo ataque al Parque madrileño. Los franceses colocan algunos cañones en asentamientos adecuados, y seguidamente rompen un fuego graneado sobre Montealeón, entablándose rudo combate. Los tambores con sus redobles, y con sus toques las trompetas, marcan al adversario el



El barrio de Maravillas en 1830, según la maqueta construida por el teniente coronel de Artillería Gil del Palacio y existente en el Museo Municipal de Madrid. Puede considerarse válida para representar el Madrid del «Dos de Mayo» (La flecha indica la entrada del Parque de Artillería de Monteleón).

Yo por este mi testamento reboco y anulo
 qualquiera otro que antes de ahora haya
 hecho por escrito o de palabra, y quier
 y ninguno como suyo, sin embargo de
 qualquiera clausula que contenga, sino es el
 presente, el que sola m. te quier y es valga
 en la vida y forma que me son contenida
 Asi lo otorgo siendo testig. el Pro. D. Man.
 Labrador Carmona, el teniente Coron. D. no
 Juan Cesolinis, y el Lic. D. Fran. Co. Ortiz
 y Flores, y con los referidos testig. lo firmo
 en Trujillo a once de marzo de mil
 ochocientos nueve

Juan de Bobadilla Ruiz
 D. no

Manuel Labrador Carmona
 Lic. D. no

Fran. Co. Ortiz
 Flores

Ultima hoja del testamento del teniente de Infantería Ruiz Mendoza, otorgado en Trujillo (Cáceres) el 11 de marzo de 1809 (Archivo Municipal de Madrid).

paso de ataque. Una columna de 2.000 hombres es contenida en su avance por nuestra débil artillería, que no cesa de arrojar metralla.

La lucha se generaliza, y los Voluntarios del Estado, desde los balcones del ala derecha del Parque, esparcen la muerte, contrarrestando las medidas que el adversario toma para, por retaguardia, hacerse dueño de la situación. En ese momento el Capitán Daoiz cae mortalmente herido. Al golpe recibido se siente vacilar, límpiase el sudor que baña la frente y no pudiendo mantenerse en pie, y menos aún conservar la atención del mando, se recuesta sobre una de las piezas, con una pierna completamente destrozada.

El Capitán Velarde que había notado momentos antes la pérdida del equilibrio en las fuerzas, trató de reforzarlas con algunos hombres de la Infantería, y cuando salía del patio trayendo el socorro deseado, al parecer en la puerta del edificio, recibió un balazo que le atravesó el corazón, dejándole instantáneamente muerto. Se dijo entonces que el autor de la agresión había sido un Oficial de la Guardia polaca, que le disparó un pistoletazo a quemarropa y por la espalda.

Solamente Jacinto Ruiz, aunque lisiado, continuaba batiéndose en el interior del edificio, dispuesto a continuar la defensa hasta el último trance. En este supremo momento —dice uno de sus biógrafos— «en que escaseaban también las municiones, rodeado de cadáveres, envuelto por el humo, exaltado por las descargas y los lamentos de los heridos, con el blanco uniforme salpicado de sangre que trasudaba su mal ligada herida del brazo, la cabeza descubierta, la mirada fulgurante, la boca contraída, el pecho dilatado y el acero vigorosamente empuñado, parecía lanzar un reto a la muerte. Una segunda bala le penetró por la espalda y saliéndole por el pecho, dio con él en tierra, casi exánime...».

La lucha había terminado. En el suelo yacían bastantes muertos y muchos heridos que se retorcían por el dolor de sus lesiones. En derredor no reinaba sino el terror silencioso, la temerosa confusión de los vencidos, el bullicio jactancioso y la arrogancia insultante de los vencedores.

Poco después de haber sido herido Ruiz Mendoza, era trasladado a su domicilio casi moribundo, ya por la gravedad de sus heridas, ya por las grandes pérdidas de sangre que había sufrido. Le reanimaron los solícitos cuidados de don José Rives, distinguido profesor del Colegio médico de San Carlos, que dicen le visitó ocultamente en su

morada. Es posible que los cuidados que se le prodigaron le hubieran curado de sus graves lesiones, pero el ambiente de Madrid en aquellas circunstancias era poco favorable a los patriotas que intervinieron en los sucesos contra Murat y sus secuaces. Corría el rumor de que luego que sanasen los heridos del Parque, serían fusilados, y en vista de ello unos amigos del héroe, prepararon su fuga para Badajoz, saliendo de Madrid el 30 de aquel mes disfrazados de arrieros.

La herida de la espalda, que en estas expediciones había sido mal curada, fue empeorándose. Temiendo lo peor, fue Ruiz trasladado a Trujillo, mas de nada sirvió esta medida. En dicha localidad falleció el héroe el día 16 de marzo de 1809, siendo enterrados sus restos en la Parroquia de San Martín de la ciudad, y luego, con gran solemnidad trasladados a Madrid el día 13 de marzo de 1909, para quedar depositados al lado de los de sus compañeros Daoiz y Velarde y demás víctimas, en el obelisco del Paseo del Prado, donde habían sido fusilados por los franceses muchos españoles que tomaron parte en el levantamiento contra el invasor.

Para perpetuar la memoria de aquel infante africano, el Ayuntamiento de la Villa y Corte, dio el nombre de Ruiz a una de las calles del antiguo y popular barrio de Maravillas, y el 5 de mayo de 1891 se descubría solemnemente la estatua del héroe. El bronce con que el insigne escultor don Mariano Benlliure ha representado la furia patriótica de aquel militar, fue índice elocuente del sentir unánime de la Nación, habida cuenta que para su erección en la Plaza del Rey se interesaron todos los elementos populares y las más altas jerarquías de entonces, así como el acogimiento caldeado, fácil y eficaz del pueblo de Madrid. Su presencia dio al acto del descubrimiento la mayor solemnidad, como testimonio de admiración y cariño al joven Teniente de la valerosa Infantería, héroe esclarecido del Parque de Montealeón el famoso 2 de mayo de 1808.